

Asesinos de Parto

Diego L. Monachelli

Invitación

Yo sería un asesino de parto si tratase de explicar ahora los versos antes de que nazcan. Hay un juego de sombras y luces que rechazan de un golpe toda tentativa de aprehensión verbal. Esa es la contradicción ígnea de quien escribe a la contra. De igual modo la piara nos rodea con su juego macabro, y al tiempo unas palabras anuncian un resurgir de la inocencia, siempre en desequilibrio, siempre en estado de embriaguez. Ese es el reto de *Asesinos de parto*. Entre sus sombras en ocasiones refulge una luz, iluminaciones en forma de versos que son una sentencia para todo aquello que asesina lo porvenir.

Que no es buen momento para la poesía lo sabemos. Que nunca lo fue, también. Que sigue siendo necesario acometer con palabras desbordantes “esta vida a puro golpe” es una certeza que avanza ajena a cualquier fijación. Así lo resume Diego:

“Asesinar la canción
o padecer su ignominia
con la estéril gracia
de los mansos.”

Algo se nos debe. Algo debemos a esos “demasiados muertos,/arrastrando consigo/todas las banderas, todos los fantasmas.”

De otro lado se puede ser un *asesino desde el parto*, y a ese doble juego también hay que estar dispuestos. Que sea la hora del

Poeta Asesino, de aquel que no da respuestas, que naufraga constantemente hasta que plantea la pregunta inevitable: “¿No seremos una mentira?” Lejos de la quietud, surge esa rabia compartida. A partir de esa interrogante se abre un campo de acción ilimitado. El verbo vuelve a servir para herir, y no simplemente *nombrar*.

“Ya no volveremos a ser
lo que nuestras bocas
reclaman en el nombre.”

En este terreno preñado de sombras y fuegos, se nos han planteado varias preguntas urgentes de responder, ya que son las de toda la vida. Lejos de la pura anotación de melancolías, fuera por completo del romanticismo barato, hay aquí un poemario que nos espeta a la cara:

“¿Quién tendrá el valor de alzarse en toda su virtud
de mamífero parlante,
de hinchar el vientre de la tierra
con los colmillos ensangrentados?”

Juanma Agulles.

Advertencia al incauto lector

En el ejercicio de la transición, en el movimiento de la certeza que se transforma lentamente, existe un segundo de claridad grávido de sombras. Este ínfimo vislumbre necesita desarrollarse en el caos de su centro para acuñar el valor necesario y acometer el desentrañar la espesura de todo aquello que presiente, que intuye y no alcanza, no puede asir.

En ese instante surge la imperiosa necesidad de mutilar la inocencia, de violar el ritmo, de ahondar el verbo hasta que sangre de él lo que oculta.

De este alumbramiento entre sombras devienen las páginas precedentes con más de una década de antigüedad, con la misma vitalidad de entonces, con la misma urgencia de búsqueda y el mismo reclamo de poesía en transición o metamorfosis poética.

Los que han tenido la riesgosa, dudosa ventura de leer trabajos pretéritos entenderán de qué hablo. Aquellos que no, válgales esta breve descripción de los paisajes del parto como advertencia.

D.L.M.

Es el tiempo
de la muerte al acecho.

Es el tiempo
del sueño y la eternidad
tejiendo las entrañas del mundo.

Céfiro lanzado al abismo,
abandono el vientre
que en secreto
demora mi partida,
y herida mi pureza,
mi contorno celeste,
fluye la sangre,
marea indecente
para los que nunca
han soñado un porvenir...

Es el tiempo de la muerte,
es el tiempo del sueño
y la eternidad tejiendo
las entrañas del universo.

II

Deseo de algo humano
y un no rendirse.

Enumerar muertos
para saber hasta dónde hemos de llegar.

VIII

Gato negro
que persigues el día,
el sabor de la luz
te convierte en criminal de la realidad.

¡Hermoso Asesino!

Una voz asciende
de la oscura fronda
hacia la furiosa luz.

Una mano siembra heridas
a los pies de los hombres,
en el rostro del camino,
y un beso de sal
desde los senos del cielo
se arroja
hacia la palma que se agita.

La sangre que se derrama
es la que nos hace andar.

Descanso de destino
en el vientre de la vida.

Descanso de destino
en la pequeña muerte de este día.

Máscara hambrienta,
herido el rostro que te sostiene y alimenta
oculta en sus llagas
el viento que sueña todo andar.

Se inflama en gestos
su ardor
y es una sombra prisionera
entre lo mudo y el callar.

Máscara hambrienta,
prisión de lo errante,
en este asqueroso
carnaval de soledades.

Crisálida de fuego,
minúsculo resplandor
sublimado
por las sombras
que trepan y se arrastran
en el endrino bosque.

Hecho corriente, renazco.

Crisálida de fuego,
esfera sutil,
que alumbras fragilidad,
han descendido las voces
a tu raíz,
a través de las pupilas
que te amurallan.

Hecho corriente, renazco.

Mariposa, despojo divino
de lo incierto,
ignívomo errar,
el camino aun no ha sido vientre.

Mariposa de fuego,
hecho corriente, renazco.

Asesinar la canción
o padecer su ignominia
con la estéril gracia
de los mansos.

Tuve un sueño que me alegró el pasado.

La mañana lloró su luz
de espantasombras.

Tuve un sueño
y comencé a perderme.

La noche es una pregunta que se abre.

La tiranía del que ama.

Morfeo insomne, errante.

Zozobra de lo inmóvil.

La noche es una pregunta que se abre.

Nada sé de mi antiguo ceño,
de aquel gesto inmemorable
que hoy se hincha en mis dedos,
aclamando recuerdos inasibles...
Imagino campos despiadados,
vernáculos del horror,
y las almas mías, más antiguas
que mi alma, predicando cantos
con laboriosas manos,
manos de guerra en el sueño.
Me inclino severamente,
me desdoble en el jade
silencioso de mi frente,
en las péndolas de mi alma
y en el pulso de la huida esperanzada.
Nada sé de mi antiguo ceño,
vientres lejanos de mi tinta
¿qué sueños quisieron forjar?

Verso gris que secas el sudor
en los cielos de mi palma,
carne, siglos;
esta voz nació de un sueño

y en los días sin nombre,
su ardor.

¿No es el fuego nuestro fuego?

¿No somos el gesto adusto de la noche?

El aire se arremolina
en la frente de las horas,
escupiendo las llagas
que, palabra tras palabra,
nos apuntamos en la piel.

¿El fuego ya no es el fuego?

¿Proteos nos hacemos a la sombra más amada?

¿No seremos una mentira?

El frío que hiere al mundo
silba en el gesto ausente de tu sonrisa
una canción que nadie escucha.

Un gesto amarillo en la placida orilla
de tu carne tendida entre las sombras.

La lluvia que abrió tu vientre
es la sed en la que se hunde mi rostro
y te nombra.

Una mano hiende el aire, cuchillo
que abre los ojos
en la espalda de la noche

Ya no volveremos a ser
lo que nuestras bocas
reclaman en el nombre.

Que sea el Lis de tu Blasón,
la noche,
tempestad de luz
violando la gris materia
que nos agita y nos ronda.

Que sea el Lis de tu Blasón,
la raíz que alumbra
el sueño del alba,
la palma que trama los cielos,
la que cava sepulcros,
ventanas de los jardines oscuros.

Que sea el Lis de tu Blasón
el horizonte, el sol
o que no sea nada.

Si la noche ronda
en el umbral
de mis ojos cansados
he partido solo
en busca de algo humano
y no es la noche
ni el cansancio...

He partido a olvidar
que tengo nombre
y la tierra nos reclama...